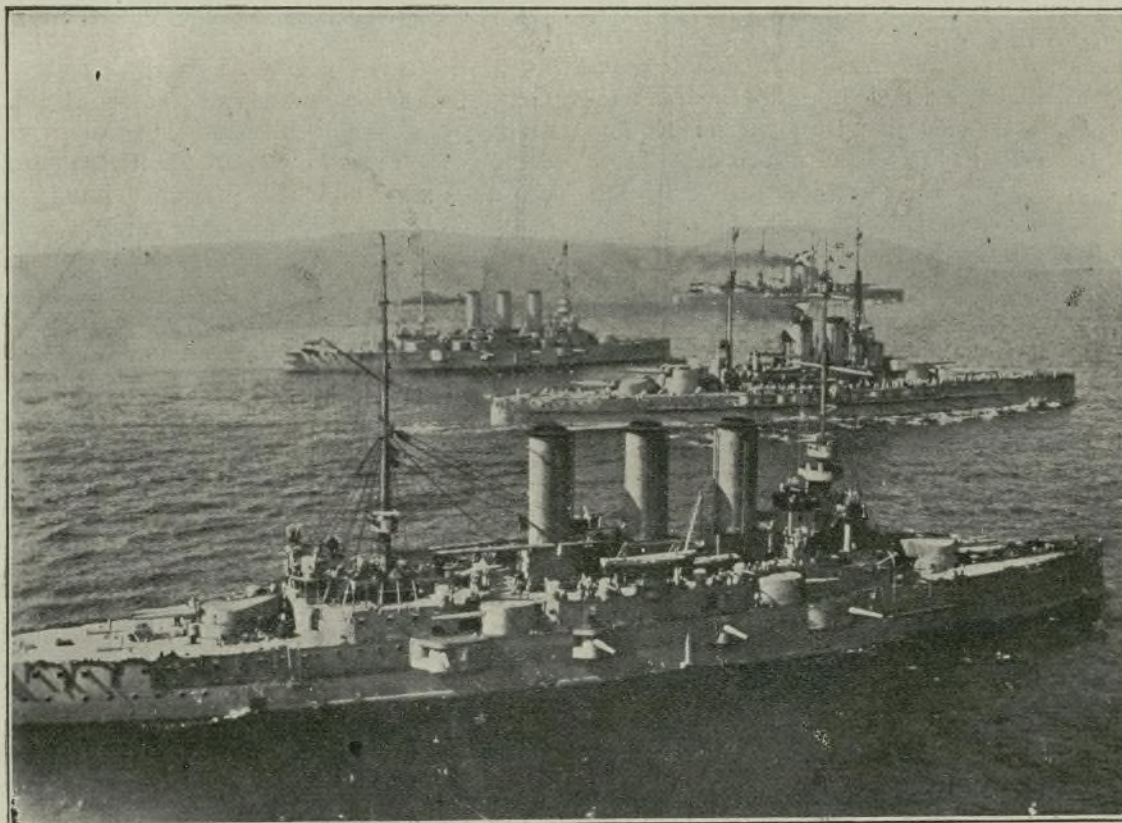


# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 75.—BARCELONA 25 DE OCTUBRE DE 1915



Una división de la flota austro-húngara

## CRONICA INTERNACIONAL

I. La dimisión de Delcassée.—II. El fracaso diplomático de Inglaterra

### I.—La dimisión de Delcassée

Días y días se ocuparon los periódicos en la dimisión, que sólo existió en la mente de algunos inventores de noticias, del gran almirante von Tirpitz; contrastando con esa locuacidad, apenas se han dedicado media docena de líneas a la retirada de Delcassée, acontecimiento político el más importante de los ocurridos desde 1.º de agosto de 1914.

Ni los cambios acaecidos en el Gobierno francés en los primeros tiempos, ni los sobrevenidos en el británico mucho después, ni las eternas crisis en Rusia, ni las dificultades italianas, ni las luchas políticas en Grecia, han alterado ni alterarán la marcha de la guerra; pero la renuncia de Delcassée tiene una significación, que sería pueril querer ocultar.

Autor de la *entente* con Inglaterra, propulsor de la alianza con Rusia, lanzado hace años del gobierno por un gesto airado del Kaiser, Delcassée ha personificado siempre el espíritu del desquite, el sentimiento anti-alemán. Hombre de clarísimo talento, de energía extraordinaria y de una perseverancia de que muy pocos se pueden envanecer, a él se debe el

tejido de la espesa malla en que debían perecer asfixiados por aplastamiento los imperios centrales. Acalló y se sobrepuso a los resentimientos seculares de Francia contra Inglaterra, por conseguir la derrota de Alemania. Su política prevaleció largos años, se debilitó luego, y, cuando el advenimiento de Poincaré a la presidencia de la República, recobró, con los réditos sumados, su antiguo vigor. Podría afirmarse que sin Delcassée y Grey, la guerra no hubiera estallado. Una de las columnas de la alianza se ha venido abajo; ¿aguantará mucho la otra?

Delcassée ha dimitido al regreso de Inglaterra, a donde se había trasladado con motivo de la actitud de Bulgaria y para concertar la acción de los aliados en los Balkanes; la carta en que exponía las razones de su resolución no la ha querido hacer pública el jefe del Gobierno francés, Viviani; pero la simple exposición de estos hechos concretos da a comprender que el ex-ministro de Negocios Extranjeros rompió con su colega británico. ¿Era Delcassée partidario de una expedición a Macedonia? Viviani ha anunciado que Rusia, Italia, Inglaterra y Francia se disponen a obrar en los Balkanes; luego, Delcassée



opinaba que este acuerdo sería funesto, y no quiso subscribirlo. Se resistió a él por no convenirle a Francia; bien que Inglaterra, que tanto tiene que perder en Oriente, quiere llevar a los Balkanes a todas las fuerzas militares de Europa; bien, asimismo, que Rusia desee que se le abran los Dardanelos; pero ¿por qué Francia, ya empeñada en la expedición desastrosa a Gallípoli, había de seguir sacrificándose en provecho de los intereses británicos, teniendo al enemigo en territorio galo y a tres o cuatro jornadas de París? Posible es que en la liquidación de asuntos, objeto de la entrevista de Londres, sonaran también los nombres de Calais y Dunquerque. En una palabra, Delcassée ha creído que su país debía hacer política francesa y no ir a remolque de la británica; no ha arrastrado a su Gobierno por este camino, pero ha infligido una herida importante al predominio de Inglaterra sobre Francia. La dimisión del famoso hombre de Estado ha de tener, forzosamente, mucha trascendencia en su patria, porque representa y personifica una gran masa de opinión y era el personaje de mayor prestigio del gabinete.

Con Delcassée, pierde Inglaterra uno de sus mejores instrumentos, tal vez por haber querido abusar de su uso. En desgracia el político que sintetiza el partido del desquite, ¿tardará mucho Caillaux en recobrar su influencia, y llegará a imponerse su pensamiento, favorable a un acuerdo con Alemania? Téngase presente que la opinión francesa es muy dada a cambios bruscos y que se halla en una tensión de ánimo propicia a dejarse impresionar por los acontecimientos.

## II.—El fracaso diplomático de Inglaterra

Pocas veces se ha mostrado tan unánime como ahora, la prensa inglesa, en juzgar la política internacional de su Gobierno. Es tradicional en los gobernantes británicos la conservación de la serenidad y claridad de juicio en los momentos más difíciles; pero es porque nunca se les había amenazado tan directa y poderosamente en sus órganos vitales. El peligro ha llegado a ser tan inminente, que los políticos ingleses se han equivocado en sus juicios y procedimientos.

¿Cuáles han sido sus errores? Olvidar que cuando el cañón truena, la diplomacia va detrás de la guerra, sin anteponerse jamás a ella. Pretender que Bulgaria, Rumanía y Grecia, pospongan sus intereses propios a las conveniencias británicas. Intentar conciliar aspiraciones nacionales manifestamente opuestas. Desconocer la derrota de Rusia. Imponerse demasiado a Francia. No haber estudiado a fondo las fuerzas y resistencia del enemigo, ni las propias. ¿Se quiere más?; entrometerse en una guerra nacional, sin contar con la voluntad de la nación.

Al compás que bajan las libras, suben los marcos; el pánico obliga a cerrar la bolsa de Londres; aún no ha podido colocarse el empréstito que tan laboriosamente se gestiona en el Norte de América; se carece de dinero para facilitarlo a Rusia, que lo demanda con insistencia, y a Italia, que lo pide con voces angustiadas... ¿Será todo esto, acaso, síntoma seguro de la derrota de Inglaterra? ¡No! Estamos muy lejos de semejante posibilidad.

Sencillamente, es que, hasta hace poco, se ha

visto el vencimiento de Rusia, se admitía la derrota de Francia, la de Italia, la de Turquía, la de Austria y aun la de Alemania misma, pero no se concebía la de Inglaterra. Súbitamente, el cuadro ha cambiado. El nombre de Bulgaria y el ataque austro-alemán a Serbia, podrían ser el desastre final en Gallípoli, el ataque al canal de Suez, la guerra santa verdad en los países musulmanes, el alzamiento de Egipto, la amenaza a la India. Largos años, toda la política inglesa ha girado alrededor de una simple vía férrea: la del Bósforo a Bagdad. Por oponerse a ello, la Gran Bretaña acalló su rivalidad con Rusia, trabó amistad con San Petersburgo y llegó a un acuerdo con él en la espinosa cuestión de Persia; por contar con un auxiliar en el Mediterráneo, que le apoyara contra Turquía, halagó a Italia y la obligó a intervenir en la guerra; el protectorado sobre Egipto, que supone un avance hacia el golfo Pérsico, fué el primer resultado de la *entente* con Francia. De improviso, esa colosal labor, prodigio de paciencia y de previsión, amenaza venirse abajo: Alemania no sólo apunta al canal de Suez, sino a Bagdad, y de allí a la India, porque también ella vió, antes que nadie, la importancia de aquel ferrocarril, que comenzó a construirse por consejo de Berlín y con capitales alemanes. No son las costas del canal de la Mancha las que peligran; se conmueve algo mucho más vital para Inglaterra.

Y en esta situación tan crítica, ¿de dónde sacar trescientos o cuatrocientos mil hombres para enviarlos a Macedonia, antes de que Mackensen aplaste a Serbia y Bulgaria corte el paso del Vardar? ¿Cómo organizar una expedición más difícil todavía que la de Gallípoli? ¿Será posible contar con la ayuda de Grecia, después de los desengaños recibidos de ésta? Italia, a la que se comienza a reprochar por su inacción ¿no preferiría mandar un ejército a Albania que a Salónica? La actitud de Rumanía se va despejando por momentos. ¿Podrá Francia soportar otra sangría suelta, debilitándose en el punto donde necesita ser más fuerte?

Todo ello reconoce, en principio, una sola causa: la derrota de Rusia. Y aún pueden tocar los alemanes otra tecla, al parecer ya preparada: Rumanía. Porque la situación en Galizia no continuará indefinidamente indecisa. La Besarabia dista mucho de estar segura, y esa provincia, arrebatada a Rumanía como pago ingrato de la ayuda que los rumanos prestaron a los rusos contra Turquía, en 1877, tiene más interés para el reino del norte del Danubio, que la tan traída y llevada Transilvania.

La ocasión es crítica, pero no desesperada. Los acontecimientos militares que se desarrollen en Serbia darán la pauta a los diplomáticos; si Alemania y Bulgaria triunfan, los descabros políticos lloverán sobre los aliados; si Serbia resiste y contiene a sus adversarios, habrá esperanzas de que mejore la situación. Lo peor para Inglaterra es que Rusia esté tan quebrantada, porque ella era la llamada a desenredar la madeja; bastante hará con defenderse y evitar otro golpe tan violento como los numerosos que lleva recibidos.

Como quiera, las circunstancias son tales que las habilidades, las astucias y las ofertas y amenazas resultarán inútiles. Se impone el obrar, inmediatamente, sin dilaciones ni vacilaciones, jugándose el



todo por el todo, para ir a una paz inmediata; de lo contrario, la partida está perdida, y sus consecuencias serán más graves cada vez. Pero como Inglaterra no cuenta con fuerzas para atender simultáneamente a todos los puntos, la cuestión está en saber si se las facilitarán sus aliados. El auxilio francés es indudable; el ruso, no llegará a pesar en la balanza; es problemático el de Italia, y más dudoso aún el de Serbia. Se explica que la incertidumbre y la desorientación imperen en las cancillerías.

La lección que se deduce es la siguiente: Alemania ha movido su diplomacia, pero antes ha movido sus ejércitos, imponiendo su voluntad al adversario y derrotándolo. Inglaterra ha derrochado sus actividades y talentos diplomáticos, pero su ejército sólo ha desplegado un esfuerzo estático, el de resistir, el de no ser arrollado. Como consecuencia, el brazo no ha respondido a la voluntad, mientras que el deseo y la acción alemanes marchaban acordes y a la misma altura. En resumen, Inglaterra ha contado demasiado con su astucia, sin acompañarla de los medios adecuados; ha tenido que acudir al préstamo, en este concepto, y el préstamo en hombres es más delicado que el financiero.

F. LARÍN.

## LA LITERATURA DE LA GUERRA

Era de presumir dado el vuelo adquirido por la imprenta que al estallar el conflicto actual cayera sobre nuestras cabezas una verdadera avalancha de hojas sueltas, folletos, libros, semanarios y papeles de todo linaje consagrados, a la par que los periódicos, a noticiar, glosar, criticar, retorcer y exprimir cuanto a la guerra se refiriese; que al fin y al cabo esta guerra, no sólo por su trágica grandeza y por su extraordinaria trascendencia, sino por los intereses puestos en juego y por las pasiones, entusiasmos y celos que ha despertado, a todos más o menos directamente nos afecta; mas hay que confesar que la realidad ha superado al temor, porque la avidez general y los afanes de lucro han encontrado un poderoso acicate en los fanatismos de escuela y en las dos poderosas corrientes de opinión que hoy aspiran al dominio espiritual del mundo. Así que, alrededor de los hechos militares, se han ido agrupando juicios y doctrinas, sistemas y programas, aspectos distintos de la vida cultural y social, las más de las veces bien poco pertinentes al tema, pero encaminadas con el más tendencioso propósito a crear lo que hoy se llama un estado de opinión.

Echense ustedes por esas calles y fijen su atención en los *tendederos* de los kioscos, deténganse ante los escaparates del librero o en los puestos ambulantes de cada esquina, y admiren las múltiples formas del reclamo editorial, de la propaganda sectaria o del infundio falto de gracia. ¡Qué de títulos llamativos, qué de anuncios sensacionales! *La guerra mundial*, *La guerra alemana*, *La guerra de los Titanes*, *La guerra del derecho* (o de la barbarie); *La guerra imperialista*, *El Catolicismo y la guerra*, *Europa trágica*, *Europa en llamas*, *Europa roja*, *Horas de la guerra*, *Páginas de la guerra*, *Episodios*, *Historias*, etc. La serie es interminable. Toda una literatura en gran parte burda, enmarañada, bestial, en

que la tijera y el engrudo tienen acaso tanto o más que ver que la pluma; y en que si la verdad padece, no padece menos el buen sentido. Y ello constituye una a manera de pira colosal, de hoguera inextinguible, porque está alimentada por el odio y la venganza y está destinada a envenenar todavía más los antagonismos que hoy separan a los pueblos y a los hombres.

Y no es lo triste que a fomentar esta literatura contribuyan en gran parte los inconscientes y los fanáticos, sino que también la presten su tributo hombres que por su cultura, por su posición y por el hábito que visten, debían estar muy por encima de todo sectarismo. Mezclar en una lucha de índole político-militar o económico-militar, asuntos religiosos, científicos, artístico-literarios y... hasta arqueológicos es un verdadero colmo; y hay que preguntar si todos hemos perdido la cabeza. Pero así es por desgracia y al parecer menos se trata ya de armas táctica y estrategia, que de filosofía y de *antropología*. Ni la misma religión sirve de freno, pues aquí, sobre nuestra mesa, el libro titulado *La guerra alemana y el catolicismo* (1) es tristísimo testimonio de que el enemigo ha dejado de ser un hermano. ¡Cuántos y cuán graves y funestos errores! Así, ya no es la guerra una lucha en los campos de batalla, sino una pugna de los espíritus, más feroz, mucho más feroz que la misma guerra... porque de lo que se trata es de aislar, de acosar, de rematar al enemigo como a perro hidrófobo cuya existencia es un peligro; de presentarlo ante Dios y ante los hombres como víctima necesaria y obligada en aras de la humanidad.

Y he aquí la parte negra, repulsiva de la actual literatura de la guerra, literatura que no debiera tener relación alguna con la literatura militar, pero que ya ha buscado el parentesco con ella, gracias a un agente intermediario entre los Estados mayores y el público, agente este que se llama oficina o servicio de la prensa cuando no otro nombre por el estilo. Este agente es el que *acomoda* el parte oficial a la situación, adobando con la retórica la noticia escueta o abreviando, mediante la tijera, cuanto no encaja con los propósitos gubernamentales. El parte oficial, el resumen semanal o quincenal (cuando convienen estos *rellenos*), el relato del prisionero, el *carnet* del muerto, etc., etc., son otros tantos elementos con que acallar la curiosidad del público, entretener a la opinión o forjarla si conviene. Este y el episodio pintoresco que llena no pocos vacíos y excita la fantasía popular sirven de excelente recurso a esa literatura nueva de que tanto abusan las agencias oficiosas.

Pero así se crea y forma la opinión y así los países que disponen de los cables y de las estaciones transmisoras más importantes, ganan por la mano a los que no atendieron debidamente a estos meneste-

(1) Este es el título de un volumen publicado en París bajo la dirección de monseñor Alfredo Baudrillard, rector del Instituto católico de dicha ciudad, cuyo contenido por lo apasionado de los juicios y la falta de fundamento de su crítica, tendrá forzosamente que causar verdadero desagrado en todo católico imparcial y sensato. Por fortuna ha encontrado un vigoroso impugnador en el docto agustino P. Bruno Ibeas, quien en la notable revista *España y América* que redactan los P.P. de dicha Orden, ha refutado con solidísimas razones y buena copia de datos el libro de referencia. La cuestión que en éste se ventila no es baladí: «¿Es más conveniente para el catolicismo que venza Francia y sus aliados, o que sean victoriosos los imperios centrales?» Y el P. Ibeas contesta a ella de tal suerte que no hay lugar a duda. ¡Qué graves repercusiones las de esta guerra y ¡hasta qué extremo conduce la ofuscación del patriotismo.



res de la política. Claro que esto no reza con las personas de entendimiento y de cultura, pero ¡son las menos! El gran público puede asegurarse que ni intelectual ni éticamente vale mucho; y lo que se llama opinión pública que, como decía Cánovas *diste muchísimo de ser la conciencia pública* puede afirmarse que las más de las veces se halla totalmente desorientada. Un cualquiera, un advenedizo osado, un explotador elocuente convence y arrastra con facilidad a una muchedumbre. Y ¿no es esto lo que ha-

dad que poco grato será a oídos democráticos lo que en ella dice.

Hablando de lo que diferencia a los individuos de una misma raza (los elementos conscientes frutos de la cultura y de la educación y los inconscientes que integran su alma), afirma que colectivamente esta diferencia es muy poca o es nula. «En el alma colectiva, dice, las aptitudes intelectuales de los individuos, y por consiguiente, la individualidad se borran. Lo heterogéneo se funde con lo homo-

géneo y las cualidades inconscientes predominan. Por ello las masas no podrán ejecutar actos que exijan una inteligencia elevada.

»Las decisiones de interés general adoptadas por una asamblea de hombres distinguidos, pero de diferentes especialidades, no son sensiblemente superiores a las decisiones de una reunión de imbéciles. Sólo pueden aquellos poner en el acervo común las cualidades mediocres que todo el mundo posee. *En el alma colectiva es la estúpidez y no la inteligencia la que se acumula.* Por el solo hecho de formar parte de una colectividad, el hombre desciende varios grados en la escala de la civilización. Aislado era quizás un individuo culto, en colectividad es un bárbaro, es decir, un instintivo. Marchando siempre por los linderos de lo inconsciente, obedeciendo fácilmente a todas las sugerencias y a la violencia de sentimientos propios de todos los seres que no pueden someterse a la influencia de la razón, desprovista de todo espíritu crítico, la masa ha de ser forzosamen-



Mortero austriaco de 30.5 centímetros

ocurrido en la ocasión presente? ¿Cómo se ha formado el criterio tocante a esta guerra si no es basándolo en aficiones y sentimentalismos, en lecturas de última hora y, lo que es peor, en opiniones hechas? Con cuatro nociones de geografía e historia mal aprendidas en los Institutos y la lectura constante de la prensa del partido, ya tiene Juan Español lo suficiente para creerse un político y un estratega. Y ¡es curioso observar lo que representan estos Juanes en el alma colectiva!

Gustavo Le Bon, escritor francés algo conocido en España, pero que todavía merecería serlo más por su brillante talento observador, la claridad de sus razonamientos y la solidez de sus juicios, ha tratado admirablemente acerca de este particular en su preciosa obra *Psicología de las colectividades*; y en ver-

te de una credulidad excesiva. Lo inverosímil no existe para ella; hay que recordarlo para comprender *la facilidad con que se crean y propagan las leyendas y las noticias más absurdas.*

»No puede afirmarse en absoluto que las colectividades no razonen ni que sobre ellas carezcan de influencia los razonamientos. Pero los argumentos que emplean y que pueden producir en ella efectos, son de un orden tan inferior, que sólo por vía de analogía pueden calificarse de razonamientos.

»Es superfluo añadir que la impotencia de las masas para razonar les impide todo espíritu crítico, discernir entre la verdad y el error, y formular o tener un juicio exacto acerca de cualquier asunto. Los juicios que las masas aceptan son resultado de la imposición, no de la discusión. Desde este punto de



vista son muchos los hombres que no están por encima de la masa. *La posibilidad con que ciertas opiniones se generalizan se debe principalmente a la imposibilidad de la mayor parte de los hombres para formarse una opinión particular basada en sus propios razonamientos*... (y añadiremos por nuestra cuenta y en la falta de cultura general de que en España se adolece).»

No es preciso citar más párrafos para comprender las absurdas opiniones que con motivo de la guerra actual han adquirido carta de naturaleza,—aun entre personas que se creen cultas. Para ellas, para este vulgo de levita Alemania representa la barbarie y el despotismo, frente a la Francia liberal y justiciera y frente a Inglaterra la protectora de los débiles y la desinteresada amiga de los fuertes. Y lo bueno del caso es que los que hablan así, años atrás y sin pestañear creían en las grandezas de la Ciencia alemana y abominaban del atraso y de la tiranía rusa (que para ellos eran cosa axiomática). Ahora han variado de pensar. El patrón nuevo se lo ha dado el periódico de sus devociones. Para éstos se hizo la actual literatura de la guerra.

¡Señor! ¡Señor! Y ¡pensar que esta gente no se convence con ninguna clase de argumentos! Bien dice Balmes en su admirable *Criterio*, que no hay que escandalizarse demasiado al oír ciertos desatinos, ni aun empeñarse en convencer a quien los vierte, porque el que ha sido capaz de decirlos no es capaz de comprender la fuerza de la impugnación. Lo que falta en este caso es el sentido común y no es cosa fácil el cambiar con unas cuantas palabras mejor o peor dichas la disposición natural, los hábitos o las ideas que como clavos se hundieron en su cabeza.

Y no sé, no sé si es ya posible desviar la corriente de esta literatura; mejor dicho, cegar esa charca alimentada por los odios y los dolores de la guerra.

FRANCISCO BARADO

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### El dadivoso y el mal amigo

(El señor B).—Tiene razón que le sobra el *Daily News and Leader*: el esfuerzo militar de Inglaterra ha sido infinitamente mayor que el de Rusia.

—¿Cómo es eso? ¿Los ingleses más guerreros que los rusos?

(El señor B).—La cuenta es sencilla: Inglaterra tiene una población de 45 millones de habitantes, y

ha movilizizado un ejército de tres millones de hombres...

—¿Cuántos, tres millones? Deben de estar en alguna profunda mina, porque no se les ve por ningún campo de batalla. En los Dardanelos, la tercera parte del ejército es francesa, otra tercera parte australiana y neo zelandesa, y el resto inglesa. ¿Pongamos 100.000 hombres, 200.000? ¿Pongamos otros 100.000 en Egipto y Africa del Sur? Quedarán dos millones setecientos mil hombres; otros doscientos mil hombres en Inglaterra, y aún tendremos que buscar don-



Un acorazado austriaco con las redes Bullivan para protegerle contra los ataques de los torpederos

de meter los dos millones y medio restantes, porque en Flandes no caben, como no duerman de pie para ocupar menos sitio.

(El señor B).—Luego discutiremos eso; ahora, voy a concluir mi argumento. En Rusia europea hay 165 millones de habitantes, de modo que si aquel Imperio hubiese puesto en filas el mismo número relativo de soldados que Inglaterra, tendría un ejército de once millones de hombres; ¿los ha puesto, en efecto?

—Lo ignoro, señor B; lo único que puedo decirle es que en Alemania y Austria hay bastante más de dos millones de rusos prisioneros.

(El señor B).—No se lo preguntaba a V. Era una interrogación para demostrar que el sacrificio en hombres de Inglaterra es mayor que el de Rusia.



—Mientras me serviste, te halagué; hoy, que estás tullido, descargo en tí mi mal humor.

(El señor B).—El *Daily News* no esgrime como reproche el argumento, sino para dejar a Inglaterra en el lugar que le corresponde.

—Veamos de dar otra forma más práctica al problema: Rusia puede argüir que durante un año ha cubierto un frente de mil kilómetros, y que hoy todavía ocupa un pedazo de territorio austriaco; la línea inglesa en Flandes mide 45 kilómetros, y unos 25 en Gallípoli, o sean 70 en total; luego, los servicios prestados por la Gran Bretaña a la causa de los aliados representan la catorceava parte de los que se deben a Rusia. En otros términos, si Inglaterra ha puesto tres millones de hombres sobre las armas, Rusia se ha conducido como si tuviera 42 millones de soldados; y eso que no tengo en cuenta el Cáucaso. ¿Qué tiene V. que oponer a esto?

(El señor A).—Don Subrio ha dado en el clavo; no son los millones de hombres lo que importa, sino lo que hacen esos millones de hombres. ¿Cabe comparar en este concepto al ejército británico con el francés?

(El señor B).—¿Y la escuadra? ¿Olvidan ustedes la escuadra?

—Francamente, sí, señor, pero es porque los ingleses se han olvidado también de ellas. Quedamos en que los tres millones de hombres deben de estar muy guardados, tal vez para evitar que emigren hacia Alemania. Su paradero ¿no será un secreto de Kitchener?

(El señor B).—Bromas aparte, el esfuerzo de Inglaterra está bien manifiesto.

—¡Ya lo creo! Ve a V. la prisa que se ha dado en libertar las colonias de Africa y Asia del insoportable yugo alemán; con qué diligencia está obrando en el Tigris; lo bien que manipula los negocios comerciales; en cambio, en Francia apenas se llama Pedro, y en Gallípoli se llama Australia y Nueva Zelanda, y en Grecia se denomina Lemnos, Mitilene y Salónica. ¡Y que le entren moscas!

(El señor B).—Pues ¿qué querría V., que se quedase sin sangre?

—Me limitaría a pedirle que no fustigara a Rusia, y dejara en paz a quienes no nos han mareado con falta de municiones, ni con las mil y una argucias que los prudentes britanos han empleado para que transcurriera el tiempo y fueran otros los que pagaran los platos rotos por los alemanes. Obligarles a pagar, y de propina llamarles poltrones y holgazanes, será una manera como otra cualquiera de defender el derecho, la libertad y la civilización, pero en realidad no es más que una sabia defensa del pellejo propio; digo mal, también defiende Calais y Dunquerque y la neutralidad de Bélgica.

(El señor B).—Cuando toma V. la palabra, no acaba. Es decir ¿que Inglaterra no ha hecho nada en beneficio de la civilización y el derecho?

(El señor A).—A cada cual lo suyo: hemos de reconocer que Inglaterra ha procurado siempre proteger a los pueblos débiles.

—Según su método; estoy conforme. El procedimiento es sencillo: ¿hay un pueblo débil expuesto a caer en las garras de otro más fuerte? Inglaterra lo ocupa, y le evita de esta manera el sentimiento de verse invadido por un tercero. A esto se llama el de-

recho de paternidad política; paternidad viene de padre, y política de político. Si tiene V. algún mapamundi a mano, pronto encontraremos los innumerables hijos adoptivos de este suegro eterno y universal, si no lo remedia el Kaiser.

(El señor B).—Bajo cuya pesada bota quisiera V. ver el mundo ¿no es verdad?

—¡Libreme Dios de pensarlo siquiera! En primer lugar, el Kaiser no usa botas, sino sandalias, que es un calzado más propio de gente bárbara e incivilizada; y, en segundo, su pie no es tan grande ni posee el don de pisar a la vez en todas partes, como el británico. Métase éste en su concha insular, y amanecerá Dios y medraremos.

(El señor A).—Pero no los turcos, que están hartos de los alemanes.

—Tan hartos, que les repiten, y por eso acaban de aliarse con los búlgaros.

(El señor B).—No nombre V. a Bulgaria, pueblo desagradecido y olvidadizo.

—¿Qué tiene que ver Italia con lo que llevo expuesto?

(El señor B).—No diga Italia; he nombrado a Bulgaria.

—¡Ah, Bulgaria! Creí que se refería V. a Italia, y me extrañaba que quisiera V. sacarla del Isonzo. A propósito, ¿a cuál de los círculos infernales de Dante pertenecerá el Isonzo?

(El señor A).—En ellos quisiera ver yo a los alemanes, por su impía conducta en Tierra Santa.

—En eso sí que no les defiendo. ¡Mire V. que haber tomado como campo de instrucción el monte Calvario, el huerto de las Olivas y la calle de la Amargura! ¡Es claro! ¡cómo allí no hay terreno para los ejercicios militares...! ¿No podría ser que hubiesen ido a los Santos Lugares a hacer penitencia por haber bombardeado catedrales?

(El señor A).—No, señor; están allá para mofarse de nuestras creencias. ¡Es inicuo!

—¡Perdónelos V.! Como no tienen nada que hacer ni en qué ocuparse, se dedican a mofarse de nosotros. En eso sí que se ve la mano o la nariz del ingenio francés. Cualquiera día nos vendrán con el cuento de que los alemanes han escalado el limbo para hacer una visita a ciertos insignes escritores, o que han convertido la basilica de San Pedro, en Roma, una vez que los italianos no estén en el Isonzo, en cuartel. ¡Son terribles esos alemanes! Meten en el Cáucaso al Gran Duque, en cintura a los rusos, vendimian la Champaña, explotan las minas de Flandes, incendian a Lovaina, dan ocasión a los ingleses de ganar *inmortales* victorias, y aún les sobra tiempo para instruir a sus reclutas en Tierra Santa. La gente los creía muy serios, excesivamente serios, y van resultando unos guajas. ¡Para que se fie uno luego de las apariencias!

(El señor B).—Está V. soporífero, don Subrio; con tanto discursar, me entra sueño.

—¿Ha leído V. por ventura algún artículo de Barrés o ha oído un discurso de reclutamiento de los que se estilan en la capital de Inglaterra?

(El señor B).—Oigo a V., que es mucho peor; y no se ofenda de la franqueza.

—¿Cómo me voy a ofender, después de los gases asfixiantes? ¿Hay algo más criminal que querer matar al enemigo, en la guerra? ¿No sería mejor con-



vencerle con artículos de periódico y peroratas de oradores insignes? Los alemanes deben de ser sor-dos.

(El señor A).—No para lo que les conviene. Recuerde V. lo pronto que oyeron las demandas de apoyo de los turcos.

—Antes las oyeron los aliados, que se presentaron en los Dardanelos sin ser llamados.

(El señor A).—Tampoco les llamaban en la pobre Polonia, víctima de la tiranía germánica.

—Se engaña V. Les llamaron los rusos, para tener pretexto de ejecutar su mejor maniobra estratégica. ¡Y el tonto de Hindenburg se dejó coger en el lazo y se metió en Rusia, de donde no podrá salir! Respecto de la tiranía sobre los polacos, como no se ejerza sobre las hormigas no sé quienes serán los oprimidos, porque los rusos se han llevado por delante, quisieran o no quisieran, a todos los habitantes civiles, pédibus andando para que no se aburrieran por el camino, y con el estómago vacío para que marcharan más ligeros. A esto se llama la Santa Rusia. ¡Digo, si no llega a ser santa!

(El señor B).—Preferible es eso que la hipocresía alemana. ¿Sabe V. qué objeto les ha guiado al admitir oficialmente los idiomas polaco, ruteno, etc., en los documentos, nombres de calles y lugares y en toda clase de relaciones?

—Pica V. mi curiosidad, señor B; ¿acaso será por hacer lo contrario que Rusia, que apenas ocupó la Galizia quiso rusificarla a viva fuerza, comenzando por el idioma?

(El señor B).—Nada de eso. Esa conducta de los alemanes es una habilidad, una torpe habilidad, encaminada a bienquistarse con los habitantes; después, cuando más descuidados se hallen, sacará las uñas y los oprimirá. Ahora no se atreve.

—Se comprende: han derrotado a siete millones de soldados rusos, cogiéndoles cinco mil cañones, y tiemblan ante los setecientos inválidos que la paternal burocracia moskovita ha dejado en las provincias invadidas. ¡Qué poca nobleza!

(El señor A).—Obrarán bien aquellos pueblos, no agradeciendo ese falso respeto al principio de las nacionalidades. Es una asechanza, digna de la reprobación universal.

—Ello me recuerda el caso de aquel pobre a quien un caballero dió una peseta; lleno de agradecimiento, refirió el hecho a un su compadre, y éste prorrum-pió en gritos y frases coléricas, de indignación: «¡El caballero es un malvado, un tunante, digno de que le apalees! ¡Te ha entregado la peseta, porque creía que era falsa!» Pero a pesar de sus voces y argumen-taciones, el mal consejero no pudo conseguir que la peseta fuera gastada en la taberna, que él adminis-traba; el favorecido se la guardó en el bolsillo, e hizo bien, señor A.

SUBRIO ESCÁPULA

## EPISODIOS DE LA VIDA EN LAS TRINCHERAS

### La «granja de las granadas»

En las salidas de la aldea están apostadas nues-tras avanzadas, en trincheras. Pocos pasos más allá

se encuentran las ruinas de una granja, que los ale-manes llamamos «de las granadas», y los franceses «el blockaus». El enemigo la tiene sujeta a su fuego, y la cañonea a intervalos regulares; pocos segundos después de cada disparo, estalla una granada en los escombros de la granja, e inmediatamente una llu-via de cascos se esparce en todos sentidos; las ruinas son removidas sin cesar, por tantos proyectiles. Las guardias se ocultan en las trincheras, y por encima de ellas silban las balas; pero apenas les hacen caso. La tropa está viendo el mismo cuadro y oyendo los mismos ruidos durante semanas y meses, y no hace caso. Conoce las baterías enemigas que tienen la granja bajo su fuego; no las ve, pero presiente dón-de se encuentran, en posiciones cubiertas, enterra-das, no lejos de los caminos que conducen a las posiciones francesas. No siempre disparan en ellas solas; a veces intervienen otras baterías, que concen-tran también su fuego sobre la granja. Parecen innu-merables. Los estampidos se mezclan entre sí y vien-en de todas las direcciones. Tampoco se interrum-pe la caída de proyectiles: de la misma manera que en las posiciones enemigas el tronar de las piezas jamás se extingue, formando un confuso ruido, así también las granadas van cayendo unas tras otras. Con el claro sonido de los cañones de campaña, se mezcla de vez en cuando otro más profundo, al que sigue, en la infortunada granja, una explosión cuyo ruido apaga todos los demás. En aquel siniestro con-cierto toman parte todas las armas de guerra, domi-nándolas las piezas de sitio. De tiempo en tiempo, aparece una nubecilla blanca en el aire, y una gran-izada de balas se extiende sobre la tierra: es un shrapnel, cuyos balines se entierran en el suelo. La granja semeja un infierno; ningún sér viviente po-dría permanecer allí. Las guardias han buscado pro-tección bajo la tierra; la lluvia de hierro golpetea las trincheras y busca sus víctimas en lo profundo del terreno; pero la tropa se refugia en nichos y minas muy profundas. Los alojamientos son enteramente subterráneos; los pequeños objetos del ajuar del sol-dado, que le envían desde su hogar, y necesita para el uso diario, tienen sus puestos marcados. De las paredes penden cuadros y estampas, y a veces los cubren por entero periódicos y lienzos, produciendo el conjunto la impresión de que se entra en la estancia de una casa. En sitio de preferencia se en-cuentra el lecho de campaña, donde los camaradas buscarán, los unos junto a los otros, el reparador descanso. Hoy gozarán poco de él, porque todos sa-ben que este terrible cañoneo puede ser el preludio de un asalto.

Con la obscuridad del subterráneo luchan los resplandores de una débil luz. En una lata de conser-vas, llena de arena, se sostiene un cabo de vela que difunde una mortecina claridad. En las trincheras se tienen escasas necesidades y la gente se contenta con poco. ¿Qué regalos cabe pedir, cuando se está tan cerca de la muerte? Ayer estalló una granada en el alojamiento inmediato; las viguetas de la cubierta fueron rotas, y la capa protectora de tierra y las pa-redes, al desplomarse, sepultaron a los soldados que se encontraban allí. Sin perder momento, los demás procedieron al salvamento, que se efectuó con toda rapidez. Dos de aquellos estaban heridos por cascos de granada, y varios habían perdido el conocimiento,





Un obús austriaco, en el momento de disparar contra las alturas de Tarnov

pero aún vivían; luego que se les hubo prestado los cuidados oportunos, recobraron el sentido y el vigor físico. De este accidente se dedujo inmediatamente una lección: enseguida se profundizaron los alojamientos y se reforzó la construcción, hasta ponerla al abrigo de los proyectiles más pesados.

La vida en las trincheras supone una labor como la de Penélope. Lo que la tropa, protegida por la obscuridad de la noche, construye, lo destruyen de día los proyectiles enemigos. De esta suerte, el trabajo se repite noche tras noche, a menudo sin interrumpirlo a pesar del bombardeo enemigo. Este



Artillería alemana pasando por un puente construido por los zapadores sobre el Dunajec





Prisioneros franceses hechos en el combate del 22 de junio cerca de Saint Blaise (Vosgos)

quiere conquistar la posición; pero mientras las trincheras ofrezcan sitio a los tiradores, en tanto la guarnición pueda recogerse en excavaciones subterráneas, el asalto no tendrá éxito. Triste advertencia son para el enemigo las largas filas de franceses muertos, que cayeron ante nuestras trincheras en los

primeros ataques. Si cree que las trincheras están deshechas y los abrigos destruidos, venga en buena hora y ataque: a los pocos pasos tendrá que detenerse delante de nuestras posiciones. También el adversario, como nosotros, ha abierto trincheras y alojamientos subterráneos. Su numerosa artillería



Trincheras austriacas en uno de los picos del Tirol



pesada aumenta su seguridad. Además, le llegan refuerzos de todas partes, por lo cual pueden relevarse sus tropas avanzadas y descansar periódicamente. En cambio, nuestros soldados han de permanecer muchas semanas en sus posiciones y trabajar todas las noches; han de arrastrarse penosamente por el suelo para ir reforzando las defensas accesorias que protegen a las trincheras. Las comidas se les han de traer desde lejos, porque las cocinas de campaña no pueden acercarse a la posición. El enemigo tiene bajo su fuego de fusil los caminos, y es imposible la comunicación por ellos, pero hemos orillado esta dificultad. Pronto descubrimos las zonas en que el enemigo concentra su fuego, y las secciones de trabajadores que se retiran al amanecer rodean los lugares peligrosos. Los nervios y los corazones de nuestras tropas están bien templados, y ni las granadas que estallan a cortísima distancia logran conmoverles. Así nuestros camaradas sobrellevan todos los horrores de la guerra. Las comidas se recalientan en pequeños hornillos improvisados o en recipientes al baño-maría; son abundantes y substanciosas, y más que sobradas para reparar los desgastes físicos. A pesar de las privaciones inherentes a la guerra de trincheras, nuestros soldados conservan el buen humor y mejoran su situación, ayudándose los unos a los otros. El joven burgués que acaba de salir de la escuela o de las manos del profesor, el hombre instruido, el empleado, el comerciante y el propietario, conviven junto al labriego y al jornalero. El firme deseo de ser útiles a la patria, les mantiene en estrecha unión. Todo lo que sabe y de lo que es capaz cada uno, se utiliza por la totalidad. Muchos oficiales han caído, y sus puestos los ocupan oficiales de la reserva y de la landwehr, porque la guerra ha completado su preparación; el contacto diario con el enemigo les ha deparado muchas enseñanzas. Un leal compañerismo les une a todos, estrechando aún más estos lazos la proximidad del enemigo. El jefe puede descansar en su tropa; apenas se advierte un indicio sospechoso, el batallón ocupa las posiciones que tiene señaladas. El color gris del uniforme se ensucia con el del lodo y las paredes calcáreas de las trincheras; el calzado, sólido y fuerte, se humedece con el agua de lluvia, que corre en forma de arroyos por el fondo de las zanjas. Las armas están limpias y brillantes, como en vísperas de revista o parada. Los rostros, curtidos, ostentan barbas incultas. Se carece de agua para lavarse; la que se trae desde lejos, ha de reservarse para el café o el té. Algunos días más tarde, la tropa recobra su aspecto humano; la policía y el aseo son necesarias al soldado, y a ellas se entrega en cuanto se le presenta ocasión. No pocos tienen que abandonar, generalmente de mala gana, las trincheras para trasladarse a algún improvisado cuartel. En las trincheras, se había formado cada cual un pequeño hogar con algunos buenos camaradas, y allí reinaban la alegría y el buen humor. ¿Habrá sido tan afortunado el sucesor? Los llamados cuarteles no tienen nada de lujosos. Los pueblos están medio destruidos y quemados. El espacio disponible en las miserables casuchas es muy poco, y a menudo tiene que compartirse con los vecinos que no han huído. Casi todos son ancianos, mujeres y niños, a los que se guardan toda clase de miramientos. Con el mayor gusto

comparten con ellos los bárbaros alemanes sus alimentos. En Navidad no faltaron regalos a los niños, quienes vieron con asombro arder los abetos y escucharon canciones ininteligibles para ellos. No pocos pueblos abandonados hubieran perecido de hambre, de no haberse convertido en cuarteles alemanes. Pero son poco seguros tales acuartelamientos, porque les alcanzan las granadas enemigas. De aquí que se improvisen refugios en cuevas y sótanos, apenas el primer cañonazo interrumpa la paz pueblerina del lugar. No es raro que en estos casos se dé la preferencia a las trincheras, para gozar de mayor seguridad. La permanencia en un pueblo puede ser fatal, cuando lo toma bajo su fuego la artillería enemiga, como ha sucedido hoy con «la granja de las granadas». Y menos mal, si el enemigo se contentara con cañonearlo, pero no se satisface con esto: sus lluvias de fuego se extienden también sobre las posiciones avanzadas y las demás. Por este motivo, delante del pueblo se abre una línea de trincheras y luego una maraña de zanjas de todas clases, cuyo conjunto constituye la posición. Del pueblo sólo queda el nombre: se llama La Boisselle. Ha desaparecido el pueblo, y en su lugar sólo se ven montones de escombros. Es imposible entrar en él, porque quien se aventurara en las ruinas no haría más que caminar a una muerte inevitable.

Desde la primera línea de trincheras parten hacia atrás zanjas tan profundas, que desde fuera no se ven las puntas de los cascos; esas comunicaciones no son rectas, porque el enemigo las enfilaría con su fuego; en cada recodo hay un macizo de tierra, o través, que limita los efectos de la explosión de las granadas. Se llega así hasta las últimas trincheras, donde se encuentran los sostenes y reservas, cuyos alojamientos son igualmente subterráneos. Esta red de caminos enterrados rodea el pueblo y termina mucho más allá. Los oficiales se alojan en habitaciones intercaladas entre las de su tropa. El jefe del regimiento ha encontrado un sótano, que ha preparado como alojamiento, el cual no abandona aunque sus batallones marchen temporalmente a retaguardia para descansar y asearse. Un día y otro golpean los proyectiles sobre el techo de aquel abrigo. El teléfono le enlaza con sus jefes de batallón, y por el mismo medio se relacionan éstos con los comandantes de compañía y el del regimiento con el alto mando. Las atenciones de la guerra no relevan al coronel de su trabajo de oficina; en la catacumba que habita ha tenido que improvisar un despacho para el ayudante y los escribientes; mientras el enemigo llama arriba con sus dedos de hierro, se trabaja asiduamente debajo.

En las pausas del fuego enemigo, de noche y cuando hay niebla, es posible moverse sin peligro en la posición atrincherada. Apenas se oye un cañonazo, el transeunte se refugia en el abrigo más inmediato. Un hombre aislado es un blanco poco vulnerable, pero un grupo de hombres constituye un objetivo más fácil de batir. Oficiales y clases se despojan de las insignias de sus grados. De trecho en trecho, lo mismo entre nosotros que en el enemigo, tiradores escogidos acechan los blancos imprevistos, para disparar contra ellos. Hacia los lugares donde es más frecuente la circulación o en los que se sabe que hay tropa, están dispuestas armas siempre apun-



tadas en aquellas direcciones. De vez en cuando, un soldado dispara desde un punto siempre variable, para hacer más insegura la situación del enemigo; el tirador queda oculto por los sacos terreros o un escudo de acero, asomando su fusil por una estrecha aspillera. Con todo, la protección no es absoluta, porque enfrente está acechando otro tirador, que apun-

hay otra protección que la obscuridad de la noche o las nieblas de los días invernales. Pero la luna, la luz de las estrellas y los pálidos fulgores del sol a través de la niebla, alumbran lo bastante para que el enemigo pueda afinar la puntería. En último caso, se lanzan ovillos y bovinas de alambre desde el interior de la trinchera y se desenrollan como me-



La «Granja de las Granadas», bajo el fuego de cañón

ta cuidadosamente a la aspillera. No obstante, el soldado está muy acostumbrado a los peligros; se atraviesan rápidamente los lugares mejor batidos o se evita pasar por ellos. Cada vez que se desprecia la protección de las trincheras o el soldado se muestra imprudentemente al exterior, hay que lamentar dolorosas consecuencias; aquí, como en todas las circunstancias de la vida, la desgracia es hija de las culpas propias. Por lo demás, cuando la lluvia de granadas azota la posición, no da ningún gusto el pasearse por las trincheras; entonces, se interrumpen las comunicaciones, y a veces queda también roto el enlace telefónico. Cada cual ha de obrar por sí mismo: el oficial que se encuentra en la línea más avanzada debe resolver bajo su propia inspiración y responsabilidad, y llamar a los sostenes y reservas cuando lo estima conveniente, tropas que de antemano saben a dónde deben dirigirse. Cada vez que se interrumpe súbitamente el fuego de artillería, hay que temer un ataque, pero también puede ser un ardid, para que la tropa ocupe sus puestos, los tiradores se alinean, y las zanjás de comunicación quedan ocupadas por las reservas; llegado este momento, la artillería enemiga arrecia su tiro, que tiene sangrientas consecuencias. Menos dado a equivocaciones es el fuego de infantería: cuando se acelera el de los puestos, y se dispara rápidamente desde las trincheras avanzadas, la crisis se avecina, se aproxima el asalto enemigo; su artillería se calla, para no herir a sus tropas; en líneas sutiles viene la oleada humana, renovándose siempre la primera línea. La resolución depende de un segundo: es menester impedir que los ágiles pies del adversario, que ha emprendido rápida carrera, lleguen a la trinchera, y con este objeto se han extendido delante de ella defensas accesorias que le obligan a detenerse. Por lo regular son alambradas, tejidos de alambres, que suelen transformarse en un confuso montón de alambres sueltos, porque los ha roto y descompuesto la explosión de los proyectiles. Para recomponerlos sin pérdida de tiempo, labor que ha de repetirse con frecuencia, deben trabajar los zapadores, a menudo, al descubierto y bajo una granizada de proyectiles; no

jor se puede. El adversario conoce por experiencia lo que son esos obstáculos; apenas se ve detenido por ellos, sus filas se aclaran rápidamente: puede decirse que no se pierde una bala. Los cadáveres que quedan enredados en las alambradas no facilitan el éxito del ataque. Lo que procura el enemigo es abrirse paso a través de aquellos obstáculos; sus zapadores, con valor temerario, tratan de cortar las alambradas o destruirlas mediante cargas explosivas que aplican con pértigas. Estas operaciones dan lugar a combates empeñados; la guarnición de la trinchera procura derribar a los zapadores y apartar las



El general von Stein

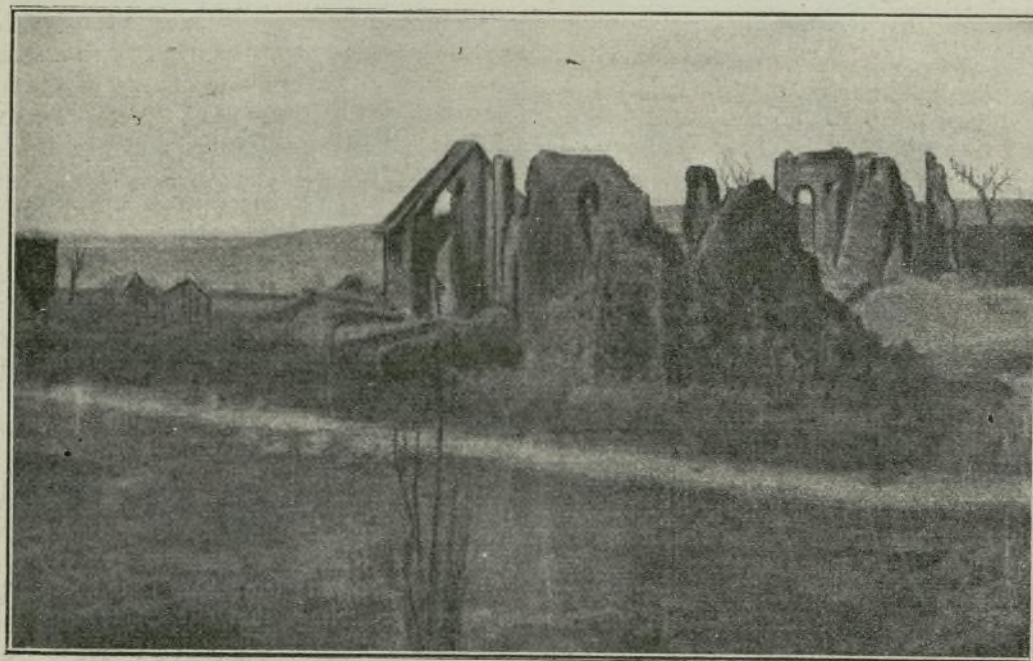
pértigas; los infantes enemigos se esfuerzan en impedir nuestra acción, y amigos y enemigos se acometen con granadas de mano, mientras los lanzaminas arrojan al adversario tremendos proyectiles explosivos. Ambos partidos tienen preparadas profundas



galerías de mina, en cuyos extremos se disponen hornillos, a los que oportunamente se da fuego. Lo mismo que topas, van abriendo los zapadores sus caminos subterráneos; algunos escuchas, en el fondo de las minas, con el oído pegado al suelo, escuchan atentamente, por si perciben golpes sospechosos, prueba de que también el enemigo abre minas. Si se cree que la galería del adversario está muy próxima, los zapadores se arrastran hacia la boca y encienden la carga explosiva. A menudo queda interrumpida, por esta explosión, la salida de la galería francesa, los trabajadores que en ella estaban ocupados, encuentran la muerte en aquel sepulcro que nos destinaban, habiéndose excavado ellos mismos su sepultura. Otras veces, nuestras galerías se consiguen que lleguen hasta debajo de la posición enemiga, y al estallar los hornillos todo vuela por el aire: la muerte hace entonces rico botín. Es un éxito positivo, al que contribuyen el ingenio, el trabajo y la

lento fuego. ¿Quedaron arrasados? se carecía de fuerzas y además era imposible la observación del tiro. Era menester rematar de una vez la labor.

A las tres de la madrugada debían reunirse nuestras tropas en la trinchera. En silencio, se movieron por las zapas de comunicación hacia adelante, y formaron en filas compactas junto al parapeto, que habían de escalar para emprender el ataque en el momento fijado. Las alambradas de delante fueron quitadas, aprovechando la obscuridad. El comandante tenía fija la vista en su reloj, alumbrado por una débil linterna. ¡Cinco minutos, un minuto! ¡Cuán largo se hacía el tiempo! Por fin se dió la señal. Una masa humana trepó al parapeto, y sin lanzar un grito se arrojó, como una reunión de fantasmas, hacia las ruinas de la Granja. Los zapadores, con granadas de mano y municiones explosivas, se repartieron en secciones. Las guarniciones de las trincheras vecinas rompieron el fuego sobre las posiciones enemigas



La «Granja de las Granadas», después del primer ataque de los alemanes

aplicación de todos los medios técnicos, al servicio de la destrucción. Pero ninguno de ellos es de efecto seguro, si detrás de los parapetos no se encuentra un guerrero intrépido e impávido.

En el momento presente no nos encontramos en el último acto del drama. La artillería truena sin interrupción y no presagia un ataque. Desde largas horas las baterías no cesan de disparar. Sólo una patrulla enemiga ha intentado deslizarse por detrás de las ruinas de la Granja de las Granadas, objetivo insignificante, habiendo tantísimos de grande importancia.

Detrás de la Granja, el terreno desciende hacia una depresión del terreno, donde el adversario puede permanecer escondido; por eso se habían construido allí fuertes abrigos. También pudo encontrar protección en los robustos sótanos de la Granja. Con frecuencia, procuraba aprovechar los resaltos del terreno para adelantar hacia nosotros; y, cierto día, salió de todos ellos, emprendiendo resueltamente el ataque. Conseguimos rechazarle, y decidimos destruir sus abrigos; nuestra artillería rompió un vio-

inmediatas a la Granja. En los escombros de ésta no había más que una guardia francesa; antes de que advirtiera el peligro, la bayoneta realizó su obra sin que se oyera un gemido. Una columna se precipitó sobre la entrada de los sótanos, mientras que otra salvaba los escombros que rodeaban la Granja, descendía por la pendiente y se apoderaba de la iglesia vecina. A los que murieron allí, les hacen hoy compañía otros muchos camaradas. Los zapadores rompieron las barricadas que defendían las entradas de los sótanos; a los escasos resplandores de las lámparas de bolsillo, los pies buscaban a tientas los peldaños de las escaleras. No se encontró ningún enemigo en ellas. Una lámpara de campaña arrojó por fin una pálida luz en el interior de una estancia, donde dormía amontonado el enemigo. Los soldados contemplaron con asombro este cuadro, pero ninguno de ellos agredió al indefenso adversario. El jefe ordenó que se hicieran algunos disparos para despertar a los durmientes, y enseguida intimó a éstos la rendición; pero el enemigo es valiente, y se arrojó a toda prisa hacia sus armas, negándose a entregarse.



A la semioscuridad allí reinante, comenzó entonces una lucha de fusilería, de arma blanca, de granadas de mano, de hombre contra hombre; durante un cierto tiempo, nadie pudo darse cuenta de lo que ocurría, hasta que por fin el adversario fué vencido; los sobrevivientes se rindieron.

Entre tanto, los camaradas no permanecieron ociosos. En los abrigos cubiertos y en las entradas de

rio, y enseguida, a una señal convenida, las columnas de asalto evacuaron la granja y sus alrededores; mientras se retiraban, atronaron sus oídos las explosiones que destruían los abrigos franceses. Al amanecer, los refuerzos enemigos se acercaron, pero el silencio volvía a reinar en la granja y sus cercanías; el teléfono que enlazaba la posición enemiga con la retaguardia había sido cortado por un bravo zapador, y las reservas francesas no recibieron a tiempo el aviso.

El parte enemigo decía, al dar cuenta del combate de aquella noche: «El enemigo ha ejecutado inútilmente un ataque, para apoderarse del blockhaus junto a La Boisselle. Lo rechazamos, y dejó 200 muertos en el campo.» Nuestras pérdidas fueron de 34 hombres entre muertos y heridos, de ellos tres oficiales.

Mucho tiempo después del combate se prolongó el tiroteo entre las dos posiciones, tomando parte una batería, que rompió el tiro apenas desapareció el peligro de que sus proyectiles lastimaran a nuestras tropas. Poco a poco se fué debilitando el fuego, y antes de mediodía se extinguió por completo.

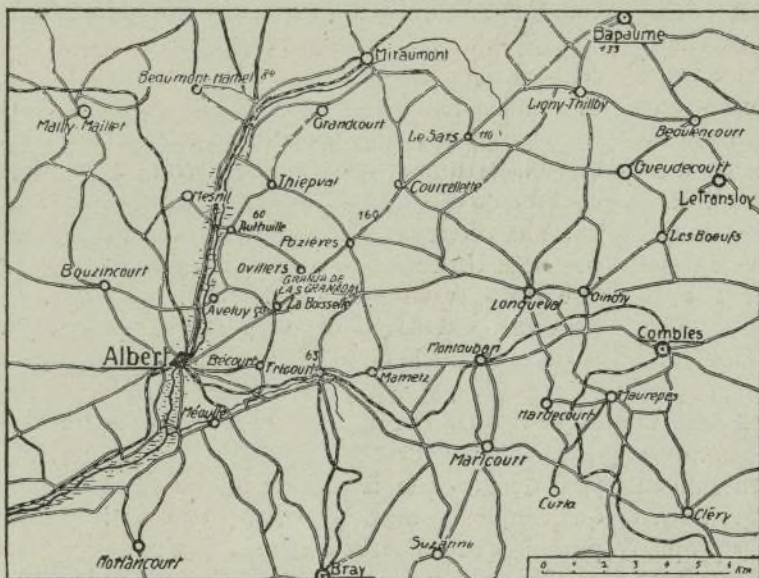
Quedaron de nuevo en las trincheras las guardias, acechando lo que pudiera ocurrir en la granja. El viento matutino trajo a la posición los ecos de una canción, el canto de los camaradas que conducían a los prisioneros a la segunda línea y acababan de salir de la zona peligrosa. Todos conocíamos el estribillo, que no pocos repetían en voz baja:

«¡Mantente firme en el ataque, siempre firme!»

VON STEIN (1),  
General de División.

(De *Der Krieg*)

(1) El general von Stein desempeñó el cargo de cuartelmaestre general en los primeros tiempos de la guerra, y su nombre se extendió por todo el mundo porque figuraba al pie de los partes oficiales. Posteriormente, se le encomendó un mando activo, y está hoy al frente de uno de los cuerpos de ejército empeñados en el frente francés. (Nota de la R.)



Mapa de la Boisselle y sus alrededores

las minas se combatió con la misma energía, consiguiéndose por último que el adversario depusiera las armas.

Estos combates no pudieron quedar inadvertidos. En las posiciones inmediatas el enemigo dió señales de agitación. Cohetes de iluminación extendieron sobre el campo una lluvia de estrellas; los proyectores lanzaron sus haces luminosos desde cada uno de los dos campos al otro. Comenzaron a castañetear las ametralladoras, callando de vez en cuando; todas las armas entraron en acción; pero la suerte del combate estaba decidida. El enemigo perdió un oficial y 99 hombres, que cayeron prisioneros. Mientras se les conducía atrás, nuestros zapadores volaron todos los abrigos en que podía escudarse el adversa-

## CRONICA MILITAR

I. Los atrincheramientos alemanes y la batalla del 25 de septiembre.—II. Un problema militar que va a plantearse en Macedonia.—III. La situación el 18 de octubre

### I.—Los atrincheramientos alemanes y la batalla del 25 de septiembre

Las posiciones atrincheradas que constituyen hoy los frentes alemán y aliado en el teatro del O., no se planearon desde luego con arreglo a su organización actual. La experiencia de la guerra y la necesidad de ir oponiendo nuevos medios de defensa a los de ataque que se iban presentando, obligó a admitir modificaciones y reformas, que han dado lugar al presente sistema defensivo.

La adopción del fuego curvo, que imprimen fuertes ángulos de caída a los proyectiles, y el empleo de potentes explosivos, hacía punto menos que im-

sible la permanencia de la tropa en las trincheras de perfil antiguo; éstas eran demasiado abiertas, muy anchas, y el cono de balines y cascos batía bien el interior. Para obtener el máximo de seguridad, se han multiplicado los abrigos subterráneos, más que enterrados, así como los traveses o masas de tierra interpuestas en la trinchera, que dividen en secciones relativamente cortas y localizan los efectos de un tiro afortunado; no bastaba, y se redujo la anchura de la trinchera, limitándola en su fondo a un metro, medio metro en ciertos puntos, y dando a los taludes la máxima rigidez consentida por la naturaleza de las tierras, que se revisten con troncos, tablas, etcétera, cuando el suelo es de grano suelto. Se hun-



den completamente las trincheras en el terreno, y, perfeccionando el método empleado por rusos y japoneses en 1904-05, se protege la cabeza de cada tirador por un escudo de acero, con aspillería para el fusil, o por merlones de sacos terreros que sólo dejan una abertura para el arma. Las zanjas o caminos de comunicación entre la primera línea y las posteriores, hasta desembocar en los lugares de reunión de las reservas, eran al principio bastante anchas para permitir el avance rápido de los refuerzos hasta los sectores atacados; pero como se hizo frecuente la simulación de falsos ataques, y entonces la artillería enemiga rompía un fuego muy vivo y causaba muchas bajas en la gente que ocupaba las trincheras de enlace, se las estrechó más y más, llegándose a adoptar a menudo un perfil tan estrecho, que sólo consiente el paso de a uno. Como, además, esos caminos, de dos o más metros de profundidad, están trazados en zig-zag, para que no los enfile el fuego del adversario, la marcha de las reservas se dificulta y es lenta, y no siempre puede contarse con su presencia inmediata en el punto amenazado, dada la corta distancia que media entre las dos posiciones directamente opuestas. Había, pues, la eventualidad de que, en los momentos críticos, la guardia de las trincheras avanzadas quedara reducida a sus propias fuerzas, y para precaver las consecuencias que de ello pudieran dimanar, se establecieron también abrigos enterrados en los caminos de enlace, donde se albergaran algunas tropas. Ni aun así, sin embargo, se conseguía que las reservas se opusieran oportunamente al atacante, porque teniendo éste libertad para elegir el momento y el punto, el acercar los refuerzos a la línea avanzada en unos sectores, tenía que compensarse con su alejamiento en otros, a menos de aumentar mucho las concentraciones de reservas, cosa imposible por la grande inferioridad numérica de los alemanes.

En consecuencia, hubo que buscar el medio de poder detener al asaltante, para que en los cien o doscientos metros que debía recorrer desde sus trincheras a las enemigas invirtiera más tiempo que el empleado por las reservas propias en acudir desde puntos relativamente lejanos. Ello se consiguió por medio de defensas accesorias. Las más usadas son las alambradas espinosas, los pozos de lobo y las talas. Las primeras consisten en enrejados de alambre sujetos a postes fuertemente hincados en el terreno; pero como los postes o piquetes no son fáciles de arrancar o destruir con explosivos, se van extendiendo las alambradas de elementos sueltos, en espiral, sobre todo cuando a vanguardia pueden establecerse otros obstáculos. Los pozos de lobo son hoyos tronco-cónicos, de gran profundidad, al tresbolillo, con troncos aguzados clavados en el fondo; adolecen del inconveniente de no resistir un tiro de artillería muy prolongado, por lo que sólo se establecen en las posiciones más abrigadas. Las talas consisten en árboles abatidos, luego de despojarles de las ramas delgadas, sujetos unos a otros con ligaduras de alambre. Úsanse también, aunque con carácter más circunstancial, caballos de frisa y otros obstáculos.

Una trinchera así protegida, obliga al asaltante a perder no escaso tiempo en cortar los alambres, arrancar o volar los postes, o tender pasaderas por

encima de las alambradas o pozos de lobo, o apartar las talas. Se han extremado aún más las precauciones montando muchas ametralladoras en los sitios más expuestos, todo lo cual favorece la defensa en los primeros momentos sin necesidad de apelar a las reservas.

No se ha detenido ahí la previsión. Se han dividido las trincheras en secciones, y en los traveses y codos que las limitan hay puestos enterrados de tiradores—que recuerdan las caponeras de la fortificación permanente,—desde las cuales se rompe el fuego de enfilada contra el interior de la trinchera, si el enemigo ha conseguido entrar en ella. Finalmente, no se interrumpe el trabajo subterráneo, de mina, enderezado a aumentar los enlaces y comunicaciones entre los diferentes elementos que constituyen una posición. Un testigo presencial ha referido que después de la evacuación de Carency, en Artois, por los alemanes, cuando el atacante había ya ocupado parte del atrincheramiento avanzado alemán y expugnaba la segunda línea, surgió de pronto del fondo de una trinchera abandonada, entre los franceses que habían avanzado ya doscientos metros más allá y las reservas también francesas, un oficial alemán que con los gemelos escudriñó todo el horizonte; por más que corrieron a él de todas partes, no fué posible capturarlo: escapó por las comunicaciones subterráneas, que tardaron no poco en conocer los que se habían apoderado de ellas. Pero una organización tan completa dista mucho de ser general en todo el frente. Lo normal es que los enlaces no sean subterráneos, y que se encomiende la misión de contener al asaltante, a las ametralladoras y al fuego de las guardias permanentes, que dan plena eficacia al obstáculo pasivo constituido por las defensas accesorias; antes de que éstas sean arrancadas o salvadas, intervienen las reservas y sobreviene el contraataque.

De esta suerte, los principios que informan los atrincheramientos en el O. son tres: 1.º protección contra el fuego enemigo, reduciendo los perfiles y aumentando los abrigos a prueba; 2.º encomendar la resistencia en los primeros momentos a los obstáculos pasivos y a las ametralladoras; 3.º enlazar las guardias avanzadas con las reservas, por medio de comunicaciones muy profundas y desenfiladas por su trazado.

Según esto, toda la eficacia del atrincheramiento, la finalidad que se busca, consiste en romper el primer ímpetu del asalto, dar tiempo a que el enemigo desenmascare sus objetivos, y llevar entonces las reservas a donde aconseje el combate.

Por consiguiente, si el ofensor pudiera amenazar con igual intensidad un vasto frente y lo atacara con uniforme vigor, tendría mucho adelantado para romper, por lo menos en parte, la primera posición. Las probabilidades de éxito serían aún mayores disponiendo de una masa superior de artillería y sometiendo a toda la línea atrincherada a un fuego sostenido durante varios días, que causara desperfectos en las zanjas de comunicación y en las de tiro. No pudiendo el defensor acudir con igual prontitud a todos los puntos; estando interrumpidas sus comunicaciones con la línea avanzada; y siendo imposible que tropas algo numerosas permanecieran en las trincheras de vanguardia, la resistencia, inicialmente,



te encomendada a las fuerzas de servicio, recaería también sobre ellas en el momento del ataque decisivo, salvados o inutilizados los obstáculos pasivos, por no contarse con el apoyo inmediato de las reservas. Esto es lo que aconteció en la primera ofensiva francesa en Artois y en las batallas del 25 al 28 de septiembre en Artois y Champaña: quedó descompuesta la posición alemana, privadas de intervenir en el acto las reservas, y entregadas a sus propias fuerzas las guarniciones de la primera línea. Por extraordinario que fuera su valor, tuvieron que sucumbir. Rotos los enlaces con la retaguardia, por la destrucción de los caminos enterrados, quedó cortada la retirada a las referidas guarniciones y casi todas ellas cayeron prisioneras, excepto en los lugares donde las comunicaciones eran enteramente enterradas.

Pero un ataque de esta naturaleza no puede emprenderse con frecuencia. Se necesita ante todo el despliegue de robustas columnas en un vasto frente, es decir, el envío de centenares de miles de hombres al asalto; hay que resignarse a padecer bajas en número espantoso, porque casi a boca de jarro, cuando el atacante llega a las alambradas, puede decirse que no hay bala perdida de fusil y ametralladora; se requiere una previa concentración de centenares de piezas de todos los calibres y un consumo prodigioso de municiones, para desarticular previamente la posición; y se expone el ofensor a una derrota si el que se defiende le contraataca con tropas suficientes, cuando la confusión se ha encendido en las filas de aquel después de sus primeros éxitos; el único medio de evitar tan temible contingencia, es apoyar el asalto con fortísimas reservas, y ello supone indefectiblemente el desguarnecer otros sectores de la larguísima línea que se extiende desde el mar del Norte a los Vosgos. De aquí que sean tan raros los grandes ataques a fondo: las dificultades de la empresa, por un lado, sus evidentes peligros, por otro, y el sacrificio de vidas humanas que impone, para, de todos modos, no romper más que la primera línea de una posición que cuenta con tres o más, justifican la repugnancia que hasta aquí han demostrado los alemanes y los aliados hacia las grandes ofensivas de esta índole. Pero ¿se ha desplegado en ellas toda la resolución, toda la energía, de que es susceptible un buen ejército? A mi juicio, no. Si el ataque se extremara, buscando una resolución definitiva sin reparar ni detenerse ante la posibilidad de sufrir una derrota igualmente decisiva, estoy cierto de que se rompería uno de los dos frentes, a condición de que el ofensor dispusiera de las fuerzas bastantes para no quedar inerme después de haber obtenido el éxito táctico de apoderarse de los atrincheramientos enemigos.

## II.—Un problema militar que va a plantearse en Macedonia

Si los aliados organizan un fuerte ejército de operaciones en Macedonia, para marchar en auxilio de Serbia, se planteará un problema militar muy interesante, que hasta ahora sólo lo han resuelto los imperios centrales: la unidad de mando y acción de tropas de diferentes nacionalidades.

Siempre han sido débiles las alianzas, en este particular. El caso de Crimea es excepcional, por-

que de hecho se redujo a un sitio, en que cada ejército ocupaba su sector. El de Italia y Francia contra Austria corroboró lo deleznable, de muchos siglos registrado en la historia, de las alianzas en el campo de batalla. Los alemanes y austro-húngaros han podido imprimir unidad a sus maniobras y objetivos, no tanto acaso por la comunidad de sus intereses, como por la identidad de idiomas y razas. No ha acontecido lo mismo con Francia e Inglaterra. En el Oeste, no ha habido medio de que los ejércitos de ambas Potencias obraran en combinación, como si constituyesen una sola masa; se intentó sin resultado, al principio, y hubo que separarlos, asignando a cada uno una zona, en la que se mueven con más independencia de la que a los dos conviene; el mando ha funcionado constantemente con independencia en el campo inglés del francés. Lo mismo está ocurriendo en los Dardanelos. Esa duplicidad existe, desde luego sin ventajas, pero también sin notorios peligros, porque en ambos teatros los aliados están prácticamente a la defensiva, y tienen ante sí tropas inferiores en potencia, pues aunque las turcas no sean menores en número, apoyan a los franco-ingleses los potentes cañones de una fortísima escuadra.

En Macedonia, si al fin se organiza un ejército y se emprende el avance, el caso será diferente, porque la campaña habrá de tener un carácter eminentemente ofensivo, lo que exige que el mando esté concentrado, sin restricciones ni distinguos, sin apelar a consejos y consultas, en una sola mano, y que las fuerzas se mezclen y unan, para evitar los antagonismos y rivalidades que nacen de la desigualdad de sacrificios y ventajas. ¿Sabrán resolver los aliados este difícil problema, y será posible una solución? Desde el punto de vista militar, la respuesta que den los hechos será interesantísima, porque en las guerras del porvenir no se podrá prescindir de las alianzas, y conviene saber a qué atenerse.

## III.—La situación el 18 de octubre

En el frente oriental, los rusos aún no se han convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, y un día y otro atacan las posiciones alemanas. La lucha más violenta se sostiene en el Duina y en Volinia, habiendo disminuido la intensidad de los combates en el centro, salvo en el sector de Smorgon. En el N., parece que los alemanes se obstinan en apoderarse de Dvinsk, cuya posesión daría grandes condiciones de seguridad al ala izquierda, o sea al ejército de Hindenburg, y por consiguiente protegería a los ejércitos del centro. No se menciona, hace quince días, la situación de las masas de caballería que habían operado al S. E. de Dvinsk y en el N. de Volinia. Lo mismo en esta provincia que en Galizia oriental, en particular en el bajo Strypa, la batalla está indecisa, registrando cada bando a su favor algunos pequeños éxitos, que no modifican la situación de conjunto.

Si se prescinde de Dvinsk y de la Volinia, que interesan a los alemanes, en los demás puntos del frente han suspendido su ofensiva y detenido su avance, repitiéndose lo acontecido después de las dos campañas en la Prusia Oriental y de la segunda en Polonia. Pero así como en aquellas ocasiones los rusos permanecieron inactivos semanas y meses, dan-



do tiempo a que el enemigo preparara una nueva maniobra, ahora no han cejado en su contraofensiva, y el general en jefe persiste en sus planes y no se ha doblegado su voluntad a pesar de la esterilidad de sus disposiciones. Esto confirma que, por fin, los rusos se han decidido a no supeditar su voluntad a la de su adversario, y que ha llegado para ellos la hora de la verdadera guerra. Probable es que el reloj haya sonado demasiado tarde, porque el ejército del czar está sobrado maltrecho y gastado para esperar felices resultados de esa energía final; lo que falta saber es si tantos ataques baldíos no acabarán por inutilizar por completo al ejército ruso, pero, si éste cuenta con reservas y material de repuesto bastantes, habrá que aplaudir su conducta, porque no hay otra manera de hacer la guerra que ésta, si se desea llegar a una conclusión satisfactoria. Resignación y derrota son voces sinónimas, a la corta o a la larga.

En las fronteras austro-italianas nada ha ocurrido digno de mencionarse. Los austriacos contraatacan más a menudo que antes y los italianos han suspendido casi totalmente la ofensiva. Se diría que Italia espera que la guerra se resuelva en otro teatro, para adoptar entonces una pauta definitiva, pero también podría ser que, tanto ellos como los anglo-franceses, ejecutaran una acometida formal y simultánea, si por fin se efectúa la expedición en socorro de Serbia.

Los ingleses han intentado la ruptura del frente alemán, entre Ipres y La Bassée, siendo rechazados. En el resto de la línea, los franceses han vuelto a la actitud anterior a la batalla del 25 de septiembre: lucha de trincheras, cañoneos y ataques parciales. En esos pequeños combates los alemanes han obtenido algunas ventajas, que mejoran la fuerza defensiva de las posiciones que actualmente ocupan. Puede ya afirmarse que los raudales de sangre derramados por los franceses en los últimos días de septiembre, no han reportado a su país beneficio alguno; los perjuicios han sido desproporcionados con las insignificantes ganancias tácticas, que no alteraron la situación estratégica. La sangrienta batalla citada fué un desengaño más para los que se se forjaban ilusiones de arrojar al invasor fuera del territorio francés.

Reina calma en Gallípoli, de donde los aliados han retirado algunas tropas, para llevarlas a Salónica y constituir la base de un nuevo ejército expedicionario.

Los anuncios de que se va a acudir sin dilación en apoyo de Serbia no se han traducido todavía en hechos tangibles, ni es de extrañar que al desembarco de los primeros contingentes en Salónica no haya seguido inmediatamente la llegada de otros refuerzos, y mucho menos que aún no se haya dado comienzo a las operaciones activas. Una expedición desde los puertos del Egeo a través de Macedonia requiere preparativos lentos y minuciosos, y es todavía más difícil que la desarrollada en Gallípoli, porque así como en esta península sólo eran de temer los ataques de flanco y se contaba con el apoyo de la escuadra, el peligro mayor en Macedonia está en las acometidas de flanco que pueden emprender los búlgaros y turcos, y el ejército ha de contar con

la eventualidad de encontrarse en un país hostil, rodeado de enemigos en el momento menos pensado. Un mes invirtieron los austro-alemanes en preparar la invasión de Serbia desde el N., por lo que es lógico que empleen más tiempo los aliados en iniciar la contramaniobra, a menos de exponerse a un fracaso casi seguro. Mackensen tenía a su disposición todos los recursos y ferrocarriles de un país amigo, más que eso, aliado, e interesado más que nadie en la derrota de Serbia, mientras que los anglo-franceses sólo pueden confiar en sus propios medios y han de efectuar larguísimos recorridos marítimos. Como no se sabe si Italia tomará parte en esa expedición—si por fin se lleva a cabo—no cabe predecir cuál será la zona de operaciones que elija: el teatro albanés es el más conveniente a los italianos, pero es preferible para sus aliados que las tropas de la península de los Apeninos se sumen a las destinadas a moverse en Macedonia.

Etre tanto, y contrastando con la indecisión en los demás frentes, el heroico ejército serbio va siendo empujado hacia el S. por las tropas de Mackensen, en cuyas manos ha dejado lo que más necesita el pequeño reino: cañones en no escaso número y material de guerra. Declarada la guerra entre Serbia y Bulgaria, el ejército del Czar Fernando ha salvado la frontera y avanza también contra el flanco de las principales masas serbias. Más al S., otro ejército búlgaro se dispone a obrar contra el valle del Vardar, para cortar el paso al avance de los aliados.

A no ser que los serbios se desalienten por creerse abandonados de sus amigos, no debe esperarse que esta campaña termine rápidamente. El terreno es difícil, los serbios muy prácticos en la lucha de montañas, y los austro-alemanes tendrán que derrotar, primero, a las tropas organizadas, y ocupar, en seguida, el territorio ganado, única manera de cubrir sus comunicaciones y ponerlas al abrigo de las incursiones y golpes de mano de los guerrilleros. Cuando se lucha contra grandes ejércitos, una victoria lleva consigo el avance de algunos o muchos kilómetros; no acontece lo mismo en Serbia, pues las dificultades residen en el terreno y en los partidarios e irregulares, más que en la resistencia de las masas organizadas.

Habrà, por consiguiente, tiempo y ocasión para que Rumanía y Grecia modifiquen su actitud antes de que Serbia sea aplastada, y claro es que la intervención de esos reinos haría variar la marcha de las cosas; de donde se deduce que Europa puede permanecer todavía algunas semanas poseída de incertidumbre, sin adivinar qué es lo que en definitiva ocurrirá en los Balkanes. Y como de la antigua península turca surgirá el rayo de luz que disipe las tinieblas en que se mueve el mundo hace quince meses, se explica que Rusia pelee desesperadamente en Volinia y Galizia, junto a las fronteras de su Besarabia, y que en los demás teatros reine una especie de tregua, precursora de futuras tempestades.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

19 octubre 1915.

**FIN DEL TOMO TERCERO**